

Capítulo nueve

Aunque la iglesia no era el Hilton ni el Motel 6, Jaime y Carlos durmieron mucho rato. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, había sol. No estaba lloviendo.

—¿Qué hora es? —le preguntó Jaime.

—No sé —le contestó Carlos.

—Vamos —le dijo Jaime—. El crucero va a estar a las ocho de la mañana. Debemos caminar lo más rápido posible.

Carlos y Jaime caminaron hacia el puerto. Caminaron rápido. No sabían la hora pero sabían que era temprano. Después de una hora, vieron el mar. ¡Estaban tan contentos de ver el mar! Dentro de poco podrían ir a casa.

—Vamos a correr —le dijo Jaime.

—Sí, corramos —le dijo Carlos—. No quiero perder el crucero esta vez.

—Es cierto —le respondió Jaime—. San Juan es una ciudad linda pero yo prefiero mi casa en Ohio.

—Yo también —le dijo Carlos.

Los dos corrieron hacia el mar. No tardaron mucho en llegar. Cuando llegaron, se sentaron. Estaban tan cansados. Fue duro dormir en una iglesia, caminar bajo la lluvia y correr. Lo hicieron todo sin comer. Miraron y vieron algo hermoso.

—¡La Fiesta! —gritaron ellos.

—¡Allí está! —gritó Carlos—. Es nuestro barco.

Estaban tan contentos de ver el barco. Mientras el barco se acercaba, podían distinguir las caras de las personas en el crucero.

—Espero que no tengamos problemas en subir al crucero —le dijo Jaime.

—¡Claro que no! —le dijo Carlos—. Carmen lo arregló todo.

—¡Qué bueno! —le respondió Jaime.

Por fin llegó el crucero. La gente estaba divirtiéndose en el crucero.

Jaime y Carlos estaban muy contentos. Estaban muy sucios y con mucha hambre pero sonreían felices. En un instante, las sonrisas desaparecieron. Llegó Carmen. Se acercaba a ellos.

—Mira —le dijo Carlos—. Es Carmen.

—¡Oh no! —le dijo Jaime—. No quiero ver a esa chica nunca más.

Pero era demasiado tarde. —¡Carlos! ¡Jaime! —les gritó Carmen.

—No la mires —dijo Jaime—. Va a pensar que no la oímos.

—Está bien —le respondió Carlos.

Los dos jóvenes miraron en otra dirección.

No podían hacer nada porque Carmen se puso frente a ellos. Parecía enojada.

—Muchachos —les habló con una voz tierna—, lo siento mucho.

Jaime y Carlos estaban sorprendidos. Quizás Carmen no estaba enojada con ellos.

—A veces mi abuela es ... un poco loca —le dijo Carmen—. Es una mujer buena y la quiero mucho pero a veces actúa de una manera extraña. Me da vergüenza.

—Esa mujer me asustó —le dijo Jaime.

—No hay por qué —le respondió Carmen—. Ella no quiere asustar a nadie. Es un poco rara, nada más.

—¿Un poco rara? ¡Muy rara! —le respondió Jaime.

—Lo siento mucho —les dijo Carmen—. Es que yo realmente tengo la culpa. Todo eso

de ser mi novio realmente no fue lo que debimos hacer.

—No hay problema —le dijo Carlos—. Estamos bien ahora. Estamos seguros. No hay problema.

—¿Dónde durmieron anoche? —les preguntó Carmen.

—Dormimos en una iglesia —le dijo Carlos— porque estaba lloviendo. Estaba lloviendo muy fuerte.

Lo siento mucho —les dijo Carmen.

—Llegó nuestro barco —le dijo Carlos—. Debemos irnos. No queremos perder el barco de nuevo.

—Les tengo una sorpresa —les dijo Carmen.

“¡Oh no!” pensó Carlos. No quería otra sorpresa. No quería otra sorpresa de Carmen. Ya tenía demasiadas sorpresas.

—Me puso muy mal lo de mi abuela, así que les conseguí un cuarto superelegante en el crucero —les dijo Carmen.

Ahora sí que estaban sorprendidos Jaime y Carlos. Carmen era simpática después de todo.

—Gracias, Carmen —le dijo Jaime.

—Sí, Carmen —le dijo Carlos —, muchas gracias por todo. Estamos muy agradecidos.

—Debemos irnos ahora. Adiós, Carmen. Y adiós, Puerto Rico —dijo Carlos.

Carlos y Jaime caminaron hacia el barco. Estaban muy cansados y con mucha hambre pero estaban muy contentos. Todo terminó bien e incluso tenían un cuarto grande y elegante en el barco.

—¡Adiós, Carmen! —le gritó Jaime.

Carmen miró a los chicos con mucha admiración. Les sonrió. Se veía superhermosa. Al mirarla, Carlos pensó que Carmen realmente no era una mujer tan mala. Los ayudó muchísimo en Puerto Rico.

Carmen les gritó:

—¡Adiós, niñitos! ¡Vayan a casa con las mamitas!

Carlos rió. Carmen era la misma mujer. Era simpática pero era mala también. Era como la mayoría de las personas en el mundo. Simpática y un poco mala.

Los dos abordaron el crucero. Estaban tan contentos de estar en el crucero. Ya podían ir a Ohio.

Ahora sabían bien una cosa. Nunca iban a olvidarse de Puerto Rico.